

ver la danza de los valores, viviendo en el aire emponzoñado del juego, con la imaginación llena de millones ganados en una hora, él que había empleado treinta años en ganar algunos centenares de miles de francos. No podía dejar de hablar de ello á su mujer, durante cada una de sus comidas: ¡qué jugadas habría hecho, si no se hubiera prometido no jugar nunca! Y explicaba su operación, maniobrando sus fondos, con la sabia táctica de un general en su gabinete, y acababa siempre por batir triunfalmente á los adversarios, porque se picaba de haberse hecho de primera fuerza en las cuestiones de Bolsa. Su mujer inquieta, le declaraba que prefería ahogarse inmediatamente más bien que verle aventurar cinco céntimos; pero él la tranquilizaba. ¿Por quién lo había tomado? ¡Eso nunca! Sin embargo, se había presentado una ocasión: hacía tiempo que los dos sentían el loco deseo de hacer construir, en su jardín, una pequeña estufa de cinco ó seis mil francos; y una noche, temblándole las manos por la emoción, puso él sobre la mesa de costura de su mujer, los seis billetes, diciendo que acababa de ganarlos á la Bolsa, una jugada de que estaba seguro, una calaverada que prometía no repetir, y que había arriesgado sólo á causa de la estufa. Ella, vacilando entre la cólera y la alegría, no se había atrevido á reñirle. Al mes siguiente, lanzábase en una operación de primas, explicándole que no temía nada, desde el momento en que limitaba su pérdida. Luego ¡qué diablo! entre

tantos, había algunos buenos negocios, y habría sido una tontería dejar que los aprovechase el vecino. Y, fatalmente, se había puesto á jugar á plazo, tímidamente al principio, enardeciéndose poco á poco, mientras que ella, agitada siempre por sus angustias de mujer arreglada, chispeándole los ojos, sin embargo, á la menor ganancia, seguía prediciéndole que moriría en la miseria.

Pero, quien sobre todo, censuraba á Maugendre, era su cuñado el capitán Chave, el hermano de su mujer. Él, que no podía vivir con los mil ochocientos francos de su retiro, jugaba á la bolsa; pero, listo entre los listos, iba allí como va el empleado á su oficina, no operando más que al contado, encantado cuando se llevaba su pieza de veinte francos por la tarde: operaciones diarias, hechas sobre seguro, y tan modestas, que escapaban á las catástrofes. Su hermana le había ofrecido una habitación en su casa, bastante grande, después de haberse casado Marcela; pero él había rehusado, queriendo absoluta libertad, teniendo vicios y ocupando una sola pieza en el fondo de un jardín de la calle Nollet, donde continuamente se deslizaban faldas. Sus ganancias debían irse en bombones y en pasteles para sus amiguitas. Siempre había puesto en guardia á Maugendre, repitiéndole que no jugase; y cuando éste último le decía: «¿Y vos?» contestaba con un gesto enérgico: ¡Oh! él era diferente, él no tenía quince mil francos de renta. Si jugaba, la

culpa la tenía el gobierno, que regateaba á los veteranos la tranquilidad de su vejez. Su gran argumento contra el juego, era que, matemáticamente, el jugador debía perder siempre: si gana, tiene que deducir el corretaje y el derecho de timbre; si pierde, tiene que pagar además los mismos derechos; de suerte que, aun admitiendo que gane con tanta frecuencia como pierde, siempre sale de su bolsillo el timbre y el corretaje. En la Bolsa de París, producen anualmente estos derechos la enorme suma de ochenta millones. Y blandía esta cifra ochenta millones que se embolsan el Estado, los corredores y los agentes de cambio!

Sentados en la banqueta, en el fondo del pasillo, Marcela confesaba á su marido una parte de esta historia.

—Querido, es preciso decir que he llegado en mala hora. Mamá le daba un escándalo á papá, á causa de una pérdida que ha experimentado en la Bolsa... Sí, creo que no sale de allí. Me parece tan raro esto en él que antes no admitía más que el trabajo... En fin, disputaban, y había allí un periódico, *La cotización financiera*, que mamá le restregaba por las narices, gritándole que él no entendía nada, y que ella había previsto bien la baja. Entonces papá ha ido á buscar otro periódico, precisamente *La Esperanza*, y ha querido mostrarle el artículo de donde había tomado sus datos... En fin, aquello está lleno de periódicos, se pasan el día leyéndolos, y yo creo que mamá

¡Dios me perdone! comienza á jugar también á pesar de su aire furioso.

Jordán no pudo dejar de reír; con tanta gracia, en medio de su angustia, remedaba ella la escena.

—En una palabra, les he dicho nuestro apuro y les he rogado que nos prestasen doscientos francos para contener el embargo. ¡Y si los hubieras oído gritar: doscientos francos, cuando perdían dos mil á la Bolsa! ¿Es que me burlaba de ellos, ó que quería arruinarlos?... Jamás los he visto así. ¡Ellos que eran tan buenos para mí, que lo habrían gastado todo para hacerme regalos! Preciso es que se hayan vuelto locos, porque no tiene sentido común envenenarse así la vida, cuando eran tan dichosos en su hermosa casa, sin un disgusto, sin otra cosa que hacer que comerse tranquilamente la fortuna ganada trabajosamente.

—Supongo que no habrás insistido—dijo Jordán.

—Sí, he insistido, y entonces la han emprendido contigo... Ya ves que te lo digo todo; me había prometido callarme esto, pero se me escapó... Me han repetido que ya lo habían previsto, que no es un oficio el escribir en los periódicos, que acabaríamos en el hospital... En fin, comenzaba yo á mi vez á irritarme y ya iba á marcharme, cuando ha llegado el capitán. Tú sabes que siempre me ha adorado el tío Chave. Y ante él, se han vuelto razonables, tanto más cuanto que

él trianfabá y qué preguntaba á papá si iba á seguir dejándose robar... Mamá me ha llevado aparte y me ha deslizado en la mano cincuenta francos, diciéndome que con esto conseguiríamos un plazo de algunos días, el tiempo de que nuestros asuntos mejoren.

—¡Cincuenta francos! ¡Una limosna! ¿Y los has aceptado?

—Marcela te había cogido las manos, calmándolo con toda su tranquila razón.

—¡Vamos, no te enfades... Sí, los he aceptado, y he comprendido tan bien que tú no te atreverías nunca á llevarlos al escribano, que he ido en seguida yo misma á llevárselos, á la calle Cadet. Pero imagínate que se ha negado á tomarlos, diciéndome que tenía órdenes formales del señor Busch, y que sólo el señor Busch podía detener el embargo... ¡Oh, ese Busch! No odio á nadie; pero ¡cómo me irrita y me repugna este hombre! Sin embargo he corrido á su casa, á la calle Feydeau, y ha sido preciso que se contente con los cincuenta francos, y ¡ea! tenemos por delante quince días de tranquilidad.

—Una gran emoción había contraído el rostro de Jordán, mientras que las lágrimas, que hacía por contener, humedecían sus ojos.

—¡Tú has hecho eso, mujercita mía, tú has hecho eso!

—Sí, porque no quiero que te mareen tanto. ¿Qué me importa oír tonterías, si así te dejan trabajar más tranquilo?

—Y reía ahora, contando su llegada á casa de Busch, escondido entre sus grasientos legajos, la manera brutal como la había acogido, sus amenazas de no dejarles una hilacha, si no le pagaban al instante toda la deuda. Lo gracioso era que ella se había dado el gusto de sacarlo de quicio, poniendo en duda la legítima propiedad de aquella deuda, aquellos trescientos francos de pagarés, que habían subido con los gastos á setecientos treinta francos quince céntimos, y que acaso no le habían costado cinco en algún lote de papeles viejos. El se ahogaba de furor: en primer lugar, precisamente aquellos los había comprado muy caros; además había que contar su tiempo perdido y la fatiga de las carreras que se había dado durante dos años para encontrar al firmante, y la inteligencia que había tenido que desplegar en aquella caza del hombre... ¿Qué, no debía reembolsarse de todo esto? ¡Tanto peor para los que se dejan coger! En fin, á pesar de todo, había tomado los cincuenta francos, porque su prudente sistema era transigir siempre.

—¡Ah, mujercita mía, qué valiente eres y cuánto te quiero!—dijo Jordán abrazando á Marcela, á pesar de que en aquel momento pasaba el secretario de la redacción.

Luego bajando la voz:

—¿Cuánto te queda en casa?

—Siete francos.

—¡Bueno!—continuó muy contento.—Tenemos para pasar dos días, y no pediré un anticipo,

que por otra parte me rehusarían. Esto me cuesta mucho... Mañana iré á ver si me quieren tomar un artículo en *El Figaro*. Ah, si hubiera terminado mi novela, por poco que me dieran!

Marcela lo abrazaba á su vez.

—Sí, anda, ya se arreglará todo... Te vienes conmigo, verdad?... Esto me gustará, y compraremos para mañana por la mañana un harenque ahumado en la esquina de la calle de Clichy, donde los he visto soberbios. Esta noche tenemos lomo de cerdo con patatas.

Jordan, después de haber rogado á un compañero que viese sus pruebas, partió con su mujer. Por otra parte, Saccard y Huret se iban también. En la calle vieron un cupé que se detenía precisamente delante de la puerta del periódico, y bajar de él á la baronesa Sandorff, que les saludó con una sonrisa y subió ligeramente las escaleras. Algunas veces iba así á visitar á Jantrou. Saccard, á quien esta mujer excitaba poderosamente con sus grandes ojos ojerosos, estuvo á punto de volver á subir.

Arriba, en el despacho del director, la baronesa ni siquiera quiso sentarse. Su objeto era sólo saludarle al pasar y preguntarle si sabía algo. A pesar de su repentina fortuna, lo trataba siempre como en la época en que lo veía todas las mañanas en casa de su padre, el señor de Ladrécourt, con la humildad forzada del corredor en busca de una orden. Su padre era de una irritante brutalidad, y ella no podía olvidar el pun-

tapié con que un día lo echó á la calle, encolerizado por una gran pérdida. Y ahora que lo veía en la fuente de las noticias, tratábalo con familiaridad y hacía por sonsacarlo.

—¿Y bien, nada nuevo?

—A fe mía, no, no sé nada.
—Pero ella seguía mirándolo sonriendo, persuadida de que no quería decir nada. Y para obligarlo á las confidencias, se puso á hablar de aquella estúpida guerra que iba á enredar al Austria, á la Italia y á la Prusia. La especulación enloquecía, y se declaraba una baja terrible en los fondos italianos, lo mismo que en todos los demás valores. Y ella estaba muy disgustada porque no sabía hasta qué punto debía seguir aquel movimiento, teniendo muy grandes sumas comprometidas en la liquidación próxima.

—¿No os da noticias vuestro marido?—preguntó burlonamente Jantrou. Sin embargo, está muy bien colocado en la embajada.

—¡Oh, mi marido!—murmuró la baronesa con un gesto desdenoso. No saco nada de mi marido.

Jantrou llevó las cosas hasta hacer alusión al procurador general Delcambre, el amante que, según se decía, pagaba sus diferencias, cuando ella se resignaba á pagarlas.

—¿Y vuestros amigos, de la corte y del Palacio de Justicia, no saben tampoco nada?

Ella afectó no comprender, y añadió, suplicante, sin quitarle los ojos:

—Vamos, sed amable.... Vos sabéis algo.

Ya una vez, en su afición á las faldas, sucias ó elegantes, que se le acercaban, había pensado en pagarse, como él decía brutalmente, aquella jugadora, tan familiar con él. Pero á la primera palabra, al primer gesto, ella se había erguido tan llena de repugnancia y de desprecio, que Jantrou se había prometido no volver á comenzar. ¡Con aquel hombre á quien su padre recibía á puntapiés!... ¡Ah, jamás! Todavía no había llegado á ese punto.

—¿Por qué he de ser amable? —contestó Jantrou riendo con aire embarazado. Vos no lo sois conmigo.

Ella se puso inmediatamente grave, la mirada dura. Y le volvía la espalda para irse, cuando él, despechado, tratando de herirla, añadió:

—¿No acabáis de encontrar á Saccard en la puerta? ¿Por qué no le habéis preguntado á él que no puede rehusaros nada?

—Volvióse bruscamente la baronesa.

—¿Qué queréis decir?

—¡Diablo! Lo que queráis comprender... ¡Vamos, no os hagáis la misteriosa, os he visto en su casa y lo conozco!

Estremeciola la indignación; el orgullo de su raza, vivo todavía, subía desde el fondo removido, desde el fango en que su pasión la iba sumergiendo día por día. Por lo demás, no se arremató y dijo sencillamente con una voz clara y ruda:

—¡Ah, querido! ¿Por quién me tomáis? Estáis

loco.... No, yo no soy la amada de vuestro Saccard, porque no he querido.

Y entonces él, con su florida cortesía de literato, la saludó con una reverencia.

—Pues hacéis mal, señora... Creedme, si se presenta otra vez la ocasión no la desperdiciéis, porque vos, que andáis siempre á caza de noticias, las encontraréis sin gran esfuerzo debajo de la almohada de ese caballero.... ¡Oh, Dios mío! ¡si, allí estará bien pronto el nido y no tendréis más que meter en él vuestros lindos dedos!

Tomó ella el partido de reir, como resignada á su cinismo; y cuando le estrechó la mano, Jantrou sintió la suya completamente fría. Verdaderamente, ¿se contentaría con el glacial y seco Delcambre, aquella mujer de labios tan rojos, que pasaba por insaciable?

Transcurrió el mes de Junio; la Italia había declarado el 15 la guerra al Austria. De otra parte, la Prusia, en dos semanas apenas, por una marcha rapidísima, acababa de invadir el Hannover y de conquistar los dos Hesses, Baden y la Sajonia, sorprendiendo en plena paz á poblaciones desarmadas. La Francia no se había movido, y las gentes bien informadas murmuraban en la Bolsa que la ligaba á la Prusia una inteligencia secreta, desde que Bismark había visitado al emperador en Biarritz; y se hablaba misteriosamente de las compensaciones que debían pagar su neutralidad. Pero la baja no dejaba por eso de seguir acentuándose de una manera desastrosa.

Cuando el 4 de Julio llegó la noticia de la batalla de Sadowa, aquel trueno tan brusco, produjo un derrumbamiento en todos los valores. Creíase en una continuación encarnizada de la guerra, porque si el Austria estaba batida por la Prusia, ella había vencido á la Italia en Custoza; y se decía ya que reunía los restos de su ejército abandonando la Bohemia. Llovían las órdenes de venta en el *parquet* y no se encontraba compradores.

El 4 de Julio, Saccard, que había subido al periódico después de las seis, no encontró allí á Jantrou, á quien desde hacía algún tiempo llevaban perturbado sus pasiones: bruscas desapariciones, escapatorias de dos ó tres horas, de las que volvía aniquilado, con la mirada trastornada, sin que se pudiera saber qué es lo que hacía en él más estragos, si las mujerzuelas ó el alcohol. En aquel momento estaba desierta la redacción, no quedando en ella más que Dejoie, que comía en la punta de su mesa, en el recibimiento. Y ya se iba á marchar Saccard, después de haber escrito dos cartas, cuando Huret, con el rostro congestionado, entró como una tempestad, sin siquiera tomar el tiempo de volver á cerrar las puertas.

—Mi buen amigo, mi buen amigo.....
Se ahogaba, y puso las dos manos sobre su pecho.

—Salgo de casa de Rougon..... He corrido porque no tenía coche. Al fin he encontrado

uno... el Rougon ha recibido un despacho de allá. Yo lo he visto... Una noticia, una noticia...
Con un gesto violento lo detuvo Saccard, y se lanzó á cerrar la puerta, habiendo notado que Dejoie rondaba ya aguzando el oído.

—En fin, ¿qué?
—Que el emperador de Austria cede Venecia al emperador de los franceses, aceptando su mediación, y que éste último va á dirigirse á los reyes de Prusia y de Italia, para proponer un armisticio.

Hubo una pausa.
—¡Pero eso es la paz!
—Evidentemente.

Saccard, sobrecogido, sin idea todavía, dejó escapar un juramento.

—¡Vive Dios! ¡Y toda la Bolsa que está á la baja!

Después, maquinalmente:
—Y esa noticia, ¿no la sabe nadie todavía?

—No, el despacho es confidencial, y la nota no aparecerá ni aun mañana por la mañana en el *Monitor*. París no sabrá nada, sin duda, antes de veinticuatro horas.

Aquello fué un relámpago, una súbita iluminación. Corrió de nuevo á la puerta, y la abrió para ver si escuchaba alguién. Y fuera de sí, volvió á plantarse ante el diputado y lo cogió por las solapas de la levita.

—¡Callaos! ¡Más bajo!... Somos los amos, si Gundermann y su banda no son advertidos...

¿Entendéis? ¡Ni una palabra á nadie en el mundo! ¡Ni á vuestros amigos, ni á vuestra mujer!... Justamente, tenemos la suerte de que Jantroff no está aquí; seremos los únicos á saberlo, y tendremos tiempo de obrar!... ¡Oh! Yo no quiero trabajar sólo para mí. En esto entráis vos y nuestros colegas del Universal. Pero un secreto no se guarda entre muchos, y todo está perdido si se comete la menor indiscreción mañana, antes de la Bolsa.

Huret, muy emocionado, trastornado por la grandeza del golpe que iban á dar, prometió ser absolutamente mudo. Distribuyéronse el trabajo y decidieron entrar en seguida en campaña. Habíase ya puesto el sombrero Saccard, cuando le acudió una pregunta á los labios.

—¿Y ha sido Rougon quien os ha encargado que me trajeseis la noticia?

—Sin duda.

Huret había vacilado, porque mentía: había encontrado el despacho sobre la mesa del ministro, y cometió la indiscreción de leerlo, en un momento en que se quedó solo. Pero como su interés estaba en una cordial inteligencia de los dos hermanos, le pareció mejor mentir, sabiendo, por otra parte, que no tenían muchos deseos de verse y de hablar de estas cosas.

—Vamos—dijo Saccard, no hay nada que decir; esta vez ha sido amable!... ¡En marcha!

En el recibimiento no había nadie más que Dejoie, que se había esforzado para oír, sin coger

nada claro. Notáronlo, sin embargo, nervioso, porque había olfateado la enorme pieza que pasaba por el aire; y tan agitado estaba por aquel olor de dinero, que se asomó á la ventana de la escalera, para verlos atravesar el patio.

La dificultad estaba en que había que obrar rápidamente, y con la mayor prudencia. Así, se separaron en la calle: Huret se encargaba del bolsín de la noche, mientras que Saccard, no obstante la hora avanzada, se echaba á buscar corredores, gentes del *carro* y agentes de cambio, para dar órdenes de compra. Sólo que deseaba dividir estas órdenes para no despertar sospechas; y sobre todo, quería hacerse el contradizo con aquellos, en vez de ir á buscarlos á sus casas, lo que hubiera parecido extraño. La casualidad le sirvió felizmente, porque encontró en el boulevard al agente de cambio Jacoby, con quien bromeó, y á quien encargó de una fuerte operación, sin causarle asombro. Cien pasos más allá tropezó con una buena moza rubia, que sabía era la querida de otro agente, Delarocque, cuñado de Jacoby; y como ella le dijese que precisamente lo esperaba aquella noche, le encargó que le entregase dos líneas escritas con lápiz en una tarjeta. Después, sabiendo que Mazaud iba aquella noche á un banquete de antiguos condiscípulos, fué á buscarlo al restaurant, y cambió las posiciones que le había encargado tomar el mismo día. Pero su mayor suerte fué encontrarse, á media noche, cuando volvía á su casa, con Mas-

sias que salía de Variedades. Subieron juntos hacia la calle de San Lázaro, y tuvo tiempo de mostrarse como un original que creía en el alza, ¡oh, no inmediata!, y de tal modo, que acabó por encargarle muchas órdenes de compra para Nathanshon y otros corredores, diciendo que obraba en nombre de un grupo de amigos, lo que era verdad, en suma. Cuando se acostó, había tomado posiciones al alza, por más de cinco millones de valores.

A la mañana siguiente, á las siete, ya estaba Huret en casa de Saccard, contándole cómo había operado en el bolsín, delante del pasaje de la Ópera, en la acera, donde había hecho comprar lo más posible, dentro de ciertos límites, sin embargo, para no levantar demasiado los precios. Sus órdenes subían á un millón, y juzgando ambos que la jugada era demasiado modesta todavía, resolvieron volver á ponerse en campaña. Disponían de la mañana. Pero antes se lanzaron sobre los periódicos, temblando ante el temor de encontrar en ellos la noticia, una nota, una simple línea que echase por tierra toda la combinación. ¡No! La prensa no sabía nada, estaba toda ocupada con la guerra, llena de despachos y extensos detalles sobre la batalla de Sadowa. Si no traspiraba ningún ruido antes de las dos de la tarde, como dispusieran de una hora de Bolsa, de media hora siquiera, la jugada sería un hecho y dejarían en camisa á la judería, como decía Saccard. Y se separaron de nue-

vo, corriendo cada cual por su lado á empeñar más millones en la batalla.

Aquella mañana pasó Saccard recorriendo las calles, olfateando el aire, sintiendo tal necesidad de andar que despidió su carruaje, después de hacer su primera carrera. Entró en casa de Kolb, donde el tintineo del oro le produjo tan deliciosa impresión en el oído como una promesa de victoria, y tuvo fuerza para no decir nada al banquero, que nada sabía. Subió después á casa de Mazaud, no para dar una nueva orden, sino sencillamente para fingir inquietud á propósito de la que había dado la vispera. Tampoco se sabía nada allí. Sólo el pequeño Flory le causó alguna inquietud, por la persistencia con que daba vueltas en derredor suyo: la única causa de esto era la profunda admiración del joven empleado por la inteligencia financiera del director del Universal; y como la señorita Chuchu comenzaba á costarle mucho, arriesgaba algunas pequeñas operaciones y soñaba con conocer las órdenes de su gran hombre para seguir su juego.

Al fin, después de un rápido almuerzo en Champeaux, donde tuvo la profunda alegría de oír las pesimistas lamentaciones de Moser y del mismo Pillerault, pronosticando una nueva baja de los precios, Saccard á las doce y media se situó en la plaza de la Bolsa. Quería, según su expresión, ver llegar la gente. Allí el calor era abrumador, un sol ardiente caía á plo-

mo, blanqueando las gradas, cuya reverberación caldeaba el peristilo con un pesado calor de horno; y las sillas desocupadas crujían en aquellas llamas deslumbrantes, mientras que los especuladores, en pie, buscaban las finas rayas de sombra de las columnas. Bajo un árbol del jardín vió á Busch y á la Mechain, que se habían puesto á hablar vivamente al verlo; hasta le pareció que ambos estaban á punto de abordarlo, puesto que se alegraban: ¿sabían algo, aquellos traperos de valores tirados por los suelos? Estremeciéndose ligeramente un momento. Pero oyó que lo llamaban, y vió sentados en un banco á Maugeudre y al capitán Chave, ambos disputando, porque el primero se burlaba ahora del juego miserable del capitán, aquel luis ganado al contado, como en el fondo de un café de provincias, después de encarnizadas partidas de *piquet*: vamos, ¿no podía arriesgar aquel día, sobre seguro, una operación seria? ¿No era la baja tan cierta, tan clara como el sol? Y ponía á Saccard por testigo: ¿no es verdad que seguiría bajando? Había tomado á la baja una fuerte posición, tan convencido, que habría puesto en ella su fortuna. Interrogado así directamente, Saccard respondió con sonrisas, con movimientos vagos de cabeza, sintiendo el remordimiento de no advertir á aquel pobre hombre á quien había conocido tan laborioso, de un juicio tan claro cuando vendía toldos; pero se había jurado el silencio absoluto, tenía la ferocidad del jugador que no

quiere ahuyentar la suerte. Además, en aquel momento, tuvo una distracción: pasaba el cupé de la baronesa Sandorff, lo siguió con la vista y lo vió detenerse aquella vez en la calle del Banco. De pronto acordóse del barón Sandorff, consejero de la embajada de Austria: la baronesa estaba seguramente en el secreto, y lo iba á perder todo por alguna torpeza de mujer. Atravesó la calle y se aproximó al cupé, inmóvil, mudo, con su cochero rígido en el pescante. Bajóse uno de los cristales de la portezuela, y él saludó y se acercó galantemente.

— Y bien, señor Saccard, ¿bajamos más todavía?

— Creyó en una asechanza.

— Sí, señora.

Luego, como ella lo mirase ansiosamente, con esa mirada vacilante de los jugadores que él conocía tan bien, comprendió que no sabía nada. Una oleada de sangre templada le subió al cráneo, inundándolo en delicias.

— ¿De modo, señor Saccard, que no tenéis nada que decirme?

— A fe mía, señora, nada que no sepáis ya sin duda.

Y se separó de ella pensando: «Tú no has sido amable y me alegraré de que lleves un mal trago. Acaso, así serás más amable otra vez.» Jamás le había parecido tan apetitosa, y estaba seguro de poseerla á su tiempo.

Pero cuando volvía á la plaza de la Bolsa, la

vista de Gundermann, á lo lejos, desembocando de la calle Vivienne, le estremeció de nuevo el corazón. Por empequeñecido que estuviese por la distancia, era seguramente él, con su andar lento, su cabeza erguida y pálida, sin mirar á nadie, como aislado en su majestad, en medio de la multitud. Y lo seguía con terror, interpretando cada uno de sus movimientos. Habiendo visto que se le acercaba Nathansohn, lo creyó todo perdido. Pero recobró la esperanza al ver que el corredor se retiraba con aspecto confuso. El banquero tenía decididamente su aire de todos los días. Luego, bruscamente, su corazón saltó de gozo: Gundermann acababa de entrar en la confitería á comprar bombones para sus nietas; y esta era una señal segura, porque nunca entraba allí los días de crisis.

Sonó la una, y la campana anunció la apertura del mercado. Aquella fué una Bolsa memorable, una de esas grandes jornadas de desastre, uno de esos desastres al alza, tan raros, cuyo recuerdo queda como legendario. En medio del calor sofocante, al principio, los precios bajaron todavía. Después, produjeron asombro las compras bruscas, aisladas, como los disparos de guerrillas antes de que se empeñe la batalla. Pero las operaciones se hacían, de todos modos, tímidamente, en medio de la general desconfianza. Luego las compras se multiplicaron, surgieron de todas partes, en el *corro* y en el *parquet*; no se oían más que las voces de Nathansohn bajo la co-

lumnata, de Mazaud, de Jacoby y de Delarocqué en el *parquet*, gritando que tomaban todos los valores, á todos los precios; y aquello fué un estremecimiento, una ola creciente, sin que nadie, sin embargo, se atreviese á aventurarse en el desarrollo de aquella inexplicable revirada. Habían subido ligeramente los precios, y Saccard tuvo tiempo de dar nuevas órdenes á Massias para Nathansohn. Rogó también al pequeño Flory, que pasaba corriendo, que llevase una tarjeta á Mazaud; y Flory, habiendo leído la tarjeta, en un acceso de fé, jugó al juego de su gran hombre, comprando también por su cuenta. Y precisamente en aquel momento, á las dos menos cuarto, fué cuando estalló la tempestad en la Bolsa: el Austria cedía Venecia al emperador, la guerra había acabado. ¿De dónde venía aquella noticia? Nadie lo supo, brotaba de todas las bocas á la vez, hasta parecía salir del mismo pavimento. Alguien la había llevado, y todos la repetían en un clamoreo que aumentaba con el poderoso rumor de una marea de equinoccio. Y los precios comenzaron á subir á saltos furiosos, en medio de un espantoso tumulto. Antes de la campanada de la clausura, habían subido cuarenta, cincuenta francos. Aquello fué una confusión indecible, una de esas desordenadas batallas en que todos luchan, soldados y capitanes, para salvar su piel, ensordecidos, cegados, perdiendo la conciencia clara de la situación. El sudor chorreaba por las frentes, y el implacable

sol que caía sobre la escalinata, envolvía la Bolsa entre resplandores de incendio.

Cuando, al llegar la liquidación, se pudo apreciar el desastre, apareció inmenso. El campo de batalla quedó cubierto de heridos y de ruinas. Moser, el bajista, estaba entre los más castigados. Pillerault expiaba duramente su debilidad, la única vez que había desesperado del alza. Maugendre perdía cincuenta mil francos, su primera pérdida sería, una catástrofe tal que él y su mujer tuvieron que meterse en cama. La baronesa Sandorff tuvo que pagar tan grandes diferencias, que Delcambre, á lo que se decía, se negaba á darlas; y ella palidecía de cólera y de odio al solo nombre de su marido, el consejero de embajada, que había tenido el despacho entre las manos antes que el mismo Rougon, y no le había dicho una palabra. La alta banca, la banca judía, sobre todo, había sufrido una derrota terrible, una verdadera matanza. Afirmábase que Gundermann solo por su parte, había dejado allí ocho millones. Y esto asombraba: ¿cómo no había sido advertido? ¡El, el amo indiscutible del mercado, de quien los ministros eran como empleados y que mantenía á los Estados bajo su soberana dependencia! Había sin duda en todo aquello uno de esos concursos de circunstancias extraordinarias que determinan los grandes golpes de azar. Aquello era un derribamiento imprevisto, estúpido, fuera de toda razón y de toda lógica.

Sin embargo se esparció la historia, y Saccard pasó por un gran hombre. De un rastrillazo, acababa de recoger la casi totalidad del dinero perdido por los bajistas. Personalmente, se había metido en el bolsillo dos millones. El resto iba á parar á las cajas del Universal, ó más bien á fundirse entre las manos de los administradores. Costóle mucho trabajo persuadir á Carolina de que la parte de Hamelin, en aquel botín tan legítimamente ganado á los judíos, era de un millón. Huret, que tanto había contribuido, tomó una parte regia. Cuanto á los demás, Daigremont, el marqués de Bohain, no se hicieron rogar. Todos votaron gracias y felicitaciones para el eminente director. Un corazón, sobre todos, ardía en agradecimiento por Saccard, el de Florry, que había ganado diez mil francos, una fortuna, lo bastante para poder habitar con Chuchu un cuartito en la calle Condorcet é ir juntos por la noche á reunirse con Gustavo Sedille y Germana Corazón en los restaurants caros. En el periódico, hubo que dar una gratificación á Jantrou, que se irritaba porque no se le había advertido. Sólo Dejoie seguía melancólico, porque debía conservar la tristeza eterna de haber sentido una noche pasar por los aires la fortuna, misteriosa y vaga, inútilmente.

Aquel primer triunfo de Saccard pareció ser como un florecimiento del imperio en su apogeo. Formaba parte del brillo del reinado, era uno de sus reflejos gloriosos. La misma noche en que él